

Aspectos de la literatura autobiográfica en España

Anna Caballé

Introducción

Este artículo: «Aspectos de la literatura autobiográfica en España» forma parte de un estudio de mayores dimensiones acerca de la producción literaria autobiográfica en castellano, cuyo corpus central lo constituye el conjunto de textos autobiográficos publicados en España durante el período comprendido entre 1939 y 1975. La hipótesis de trabajo es el análisis del aumento progresivo de dicha producción a partir de los años 70 y de las razones que lo han motivado. Sin embargo, en nuestro artículo pretendemos subrayar una cuestión que nos parece esencial: la necesidad de revisar el estado de la crítica sobre el género autobiográfico en España por entender que su descuido contribuye a propagar las confusiones y los tópicos de su escasa relevancia en nuestras letras.

Ya Randolph Pope salió al paso en 1974 del prejuicio de que este género constituyera una zona desértica de la literatura peninsular. En su excelente trabajo: *La autobiografía española hasta Torres Villarroel*, sobre catorce autobiografías españolas aparecidas todas ellas antes de la publicación de las *Confessions* de J.J. Rousseau (cuya redacción finaliza el escritor ginebrino en 1770), ponía de manifiesto que la autobiografía encontró un temprano y sorprendente desarrollo en España aunque luego quedara sofocada justamente cuando empezaba a florecer en el resto de Europa. Porque el siglo XVIII, tan inclinado a observar la propia existencia de un modo objetivo y detenido, constituye una de las épocas más brillantes de la autobiografía en el mundo europeo y americano: Vico, Rousseau, Franklin, Gibbon, Boswell, Goldoni, Alfieri, Goethe... Lamentablemente, en España, después de la edición de la *Vida* de Torres Villarroel (Madrid, 1743) un largo silencio recubre prácticamente la expresión de esta forma literaria cuyos móviles sufren, durante el siglo de las luces, una importante transformación. Habrá que esperar la publicación de la *Vida literaria* de Joaquín Lorenzo Villanueva (Londres, 1825) y la irrupción del memorialismo político decimonónico para poder salvar este escollo. Desde entonces, la literatura autobiográfica ha mantenido en nuestras letras una saludable continuidad, si bien no puede decirse que las obras que la configuran compartan en igual grado el mismo afán por dejar constancia de la propia singularidad anímica de sus autores.

I. El tópico de la escasa afición en España

En un artículo escrito a propósito de la publicación de las «Memorias» de la marquesa de La Tour-du-Pin: *Journal d'une femme de cinquante ans* (1), José Ortega y Gasset se preguntaba por las razones que impedían al escritor español dedicarse a la producción autobiográfica de un modo similar al de otros países tales como Italia, Francia, Gran Bretaña o Estados Unidos. Ortega y Gasset decía, en su archicitado artículo, que en España no se escribían libros de memorias porque los españoles concebían la vida como un permanente dolor de muelas; en cambio, en otros países sus autores, dotados tal vez de mayor sensualidad, solían recordar con placer el pasado (2).

Pero Ortega no era nada original al afirmar: «Francia es el país donde se han escrito siempre más «Memorias»; España, el país en que menos» (3). Desde el más deleznable diccionario de literatura a la obra crítica de mayor enjundia, todos –escritores y especialistas– han aceptado sin la menor vacilación el tópico mencionado y suelen indicar el hecho de que la literatura autobiográfica, en conjunto, tiene escasos cultivadores en España. Poco más (4). En opinión de Juan Marichal (5) el origen de tales referencias –ya fueren o no hispánicas– a esta supuesta ausencia se remonta a lo expresado por el historiador francés Philarette Chasles, hacia 1850, cuando dice: «Les Espagnols ont écrit peu de mémoires... Une fierté silencieuse enveloppe leur vie et leur mort». Y, hablando de los escritores y de los artistas, añade: «En Espagne les gens de lettres eux-mêmes et les artistes, assez enclins à la vanité chez tous les peuples, se sont contentés de l'orgueil; point de Benvenuto Cellini ni de Jean-Jacques Rousseau invitant le monde à écouter sa confession personnelle» (6). Según Chasles pues entre los españoles se da una especie de «orgullo silencioso» que les impide expresar en alta voz las íntimas circunstancias que rodearon su vida en el pasado.

Otra opinión nos conviene, a saber, la del diplomático y poeta mexicano Jaime Torres Bodet quien a la lamentación aludida une la de una ausencia historiográfica que, según él, nos caracteriza:

«España se ha derramado por el mundo según el sesgo de una abundancia tan desigual, que la vida resulta, en las latitudes de su heroísmo, una dádiva que casi no se agradece. Que, por lo menos, nadie comenta. ¿Dónde están –si no– los diarios, los manuscritos secretos, las colecciones iconográficas, las cartas, los retratos, y las reliquias de muchos de los personajes que han modelado, desde la celda laica de la patria española, el camino y las formas de la Historia Universal? Frente a la multiplicidad de las crónicas, las confesiones y los diálogos epistolares de que se enorgullecen otros museos, asusta la soledad en que cada noble existencia española ha querido desarrollar su tragedia» (7).

Y, en efecto, de esos personajes con una dimensión histórica a los que se refiere Torres Bodet ignoramos lo más esencial: la íntima resonancia que los acontecimientos exteriores tuvieron en su interior. Sabemos, en muchos casos, de sus empresas, enfermedades y cargos oficiales pero desconocemos el resto: los encuentros, las amistades, los amores, los viajes, las lecturas, los placeres, los miedos, las creencias, los goces, las indignaciones, las

angustias. En una palabra: las sacudidas que la escritura de la vida provocó en su mundo interior. «Todos tomaban la espada y ninguno la pluma» consignaba el padre Feijoo (8), resumiendo de ese modo la idea de que los españoles hacen historia más fácilmente de lo que la cuentan. A este propósito opina Marichal que los dos problemas deberían estudiarse conjuntamente o, mejor dicho, el de la literatura autobiográfica formando parte de uno más general, el de la actitud del español frente a la reflexión histórica, ya fuere personal o colectiva.

¿Escasa preocupación por la Historia? De ser así, bien pudiera figurar la advertencia de Marichal entre las múltiples explicaciones que se han encontrado al fenómeno en cuestión.

II. El «chauvinisme» de la crítica

Para una correcta valoración de la coincidencia de opiniones apuntada en el apartado anterior nos interesa contrastarla con un fenómeno observable en otros países en cuanto a la literatura que versa sobre el género autobiográfico, y es el «chauvinisme» frecuente de la crítica al reivindicar el carácter autóctono de dicho género sin conceder demasiada importancia a las manifestaciones de esta parcela literaria en otros dominios lingüísticos y culturales. Este «chauvinisme» conduce a interpretar algunos rasgos, sin duda característicos de un país, en términos de preeminencia o de exclusividad, por orgullo nacional pero también por ignorancia de otras literaturas. Y así, de todos es bien sabido que la autobiografía es un género británico; que los franceses son los más dotados al respecto (el crítico francés Philippe Lejeune inicia su estudio *L'autobiographie en France* con una pregunta complaciente: «¿Están dotados los franceses para la autobiografía?» y responde a continuación: «Eso parece indiscutible»), o ¿qué oponer al carácter profundamente americano del género? o italiano, o ruso, o... (9). Frente a una crítica ingenuamente tendenciosa al reclamar para sí las manifestaciones más puras y significativas en el desarrollo del género sorprende observar, claro es que por contraste, la actitud contraria que hallamos en nuestro país: la múltiple constatación de su raleamiento en las letras españolas. Somos pues los primeros, acaso los únicos, a la hora de advertir y aceptar nuestra inferioridad en el dominio de la creación literaria específicamente introspectiva y personal. Somos también los primeros, como hemos podido comprobar, en lamentar tal ausencia casi siempre.

Aunque no es éste el caso de Nicolás Estévanez, gobernador de la ciudad de Madrid y ministro de la Guerra durante la I República española (y también traductor al castellano de Walter Scott, de Diderot, autor de un epistolario, etc.). En 1899 inició la publicación de sus *Memorias* (10) en EL IMPARCIAL, enlazando de ese modo con la corriente de memorialistas políticos tan característica del siglo XIX: Godoy, Alcalá Galiano, Azara, García de León, marqués de Miraflores, García Ladevese, Espoz y Mina, ... (11). Ya en las primeras entregas Estévanez se muestra incapaz de reconocer los méritos de tal forma literaria y su valoración de la misma es dogmática y un tanto hipocritona:

«Ya sé, ya sé que las Memorias constituyen un género anticuado y cursi; por eso las mías son fragmentarias. De lo malo, poco.

Y ni aún fragmentos publicaría de mis Memorias si fueran exclusivamente personales. ¿Qué le importan a nadie los viajes que uno haya

hecho, ni las novias que tuvo en la mocedad, ni los cuentos que le contaba su venerable abuela? A estos pormenores íntimos se reducen a veces las Memorias de los que cultivan este género de literatura.

Por mi parte, omitiré cuanto sea personalísimo; guardaré para mí solo todo lo concerniente a mi familia, a mi infancia, a mis amores, que profanaría mis más augustos recuerdos haciéndolos pasar por una rotativa. Impresos en el alma, ¿qué impresión más indeleble?

Tanto o más que de mí, hablaré de los demás» (12).

La cita es larga pero sumamente interesante porque resume no sólo el juicio aparentemente negativo de Estévanez ante los libros de memorias (si así fuera en verdad, ¿a qué respondería escribir uno?), sino también la actitud global del político ante la facultad de revelación personal propia del género. Estévanez, de acuerdo con el criterio expuesto, omite en su libro todo lo concerniente a su vida personal si bien, en contra de sus previsiones –a saber la brevedad–, el resultado son unas Memorias prolijas, atiborradas de datos y nombres con escaso interés para el lector de otra época. El mismo lector que pasea, cada vez más aburrido, la mirada por las páginas del mamotreto sin lograr que despierte apenas su curiosidad por lo que ocurre y se le cuenta.

En cualquier caso, Nicolás Estévanez no está solo en las filas de los detractores de la literatura confesional, capaz de suscitar encendidas y frecuentes polémicas a lo largo del siglo XIX, entre aquellos que trivializaban su alcance artístico y los que intuían su valor simbólico, es decir la fascinación que nuestra civilización sentiría más adelante por el mito del YO. Por ejemplo, el italiano Benedetto Croce opinaba que la literatura moderna se asemejaba a una gran confesión, razón por la cual consideraba las *Confessions* de J.J. Rousseau como la obra capital de nuestra época (13) tan proclive, según Croce, al desarrollo y expresión de temas personales, particulares, prácticos, autobiográficos. Para el pensador italiano, la sociedad de su tiempo había experimentado una feminización de las formas estéticas en su conjunto que sin duda afectaba a la literatura contribuyendo a una transformación de sus antiguos valores:

«Por eso se han abierto de par en par las puertas a las mujeres –asegura Croce–, seres sumamente afectivos y prácticos que, como suelen leer los libros de poesía adivinando entre líneas todo lo que casa con las propias y personales venturas y desventuras sentimentales, se encuentran siempre muy a sus anchas, cuando se las invita a volcar su alma» (14).

Volviendo del revés la teoría croceana, cabría señalar la menor presencia y/o influencia femenina en el mundo de las artes españolas, y en el de la literatura en particular, como un posible motivo para explicar el escaso desarrollo de la creación autobiográfica en España (15).

III. Hacia la caracterización del género

En líneas generales, no debe extrañarnos que la actividad teórica, o crítica, que siempre va muy por detrás de la práctica acumulativa de los hechos, ante un corpus aparentemente exiguo se mantenga en España inhibida y guarde un silencio casi funerario.

Silencio que contrasta con la abundancia de trabajos publicados sobre el tema en otras lenguas, especialmente a partir de 1956, año en el que Georges Gusdorf publica un estudio fundamental al respecto: «Conditions et limites de l'autobiographie» (16). Carecemos pues de trabajos amplios, análogos a los existentes en Francia (Philippe Lejeune, René Balibar, Beatrice Didier, Jean Starobinski, Georges May), en lengua inglesa (Richard G. Lillard, Robert F. Sayre, James M. Cox, Wayne Shumaker, William L. Howart, Roy Pascal, etc.) o en alemán (Georg Misch, Georges Gusdorf, Ingrid Bode). Frente a ellos las investigaciones en el ámbito hispánico son a todas luces insuficientes: no llegan a la docena los trabajos en castellano sobre la literatura autobiográfica y en la mayoría de ellos el interés teórico y/o crítico manifestado por el tema es tangencial (17). Y a la inversa, la mayoría de los estudios extranjeros ignoran en su bibliografía los textos autobiográficos españoles: Anna Robeson Burr en su libro de 1909: *The Autobiography: A Critical and Comparative Study* (18) que orientó la crítica durante medio siglo destaca a los italianos como maestros del género, seguidos de los franceses, ingleses, alemanes y americanos, a los españoles ni siquiera los considera aunque dice haber oído hablar de Santa Teresa.

Destacaremos, sin embargo, la importancia del erudito Manuel Serrano Sanz quien en 1905 publica la más completa y documentada recopilación de escritos autobiográficos, bajo el epígrafe «Autobiografías y Memorias» (19). Su labor es análoga, aunque menos ambiciosa en la formulación de principios, a la del historiador francés Charles Caboche, autor del libro *Les Mémoires et l'histoire en France*, editado en 1863 (20). Del estudio de Serrano Sanz cabe decir que ni son todos los que están ni tampoco están todos los que son (21) pero sin duda el esfuerzo de Serrano Sanz es meritorio y sus propósitos semejantes a los de Caboche y Misch: todos ambicionan reunir el corpus completo de tales escritos (lo cual no deja de ser una ilusión por otra parte). Georg Misch declaró que al escribir su *Geschichte der Autobiographie*, publicada en ocho volúmenes entre 1949 y 1969, había querido realizar el proyecto concebido hacia 1790 por Herder y Goethe, es decir, reunir un corpus de todos los textos autobiográficos escritos en todos los tiempos y países al objeto de mostrar la progresiva liberación de la persona humana. Ph. Lejeune se preguntará unos años más tarde acerca de la legitimidad de tan monumental proyecto iniciado por el que fuera profesor de filosofía hasta 1939, y lo calificará de «tentativa ideológica y mitológica sin gran pertinencia histórica» (22).

El erudito español no duda en considerar ante todo los relatos autobiográficos incluidos en su antología como *testimonios históricos*, y su valor literario es estimado como un mérito accesorio:

«Bastaba, pues la rareza de dichas autobiografías seculares para tenerlas en sumo aprecio, el cual debe acrecentarse teniendo en cuenta la importancia de esta forma histórica que nos presenta la evolución completa de los hechos, desde el pensamiento nacido en el alma como efecto del medio social o de condiciones individuales hasta su realización» (23).

Historia, Individuo, Literatura. Los estudiosos han oscilado en el reconocimiento de una función primordial –histórica/privada/literaria– en los relatos autobiográficos y en este sentido se contraponen las perspectivas de Lejeune y Serrano Sanz (tomados cir-

cunstancialmente como paradigmas) en sus análisis respectivos. Así, en la obra de este último, dichos relatos son tratados como manifestaciones personales de indudable valor histórico pero llenas al mismo tiempo de vitalidad, frente a la frialdad de los documentos cancillerescos..., útiles pues sobre toda ponderación de no ser por un rasgo frecuente en los mismos –y acaso inherente a la condición humana– y es la *vanidad*, capaz de desvirtuar e incluso falsear la correcta interpretación de los hechos del pasado de acuerdo con las necesidades que condicionan el presente de la escritura.

Claro, las autobiografías son, como señala Serrano con muy buen tino, un campo abierto donde el historiador, el literato y el sociólogo (y aún el psicólogo, el psicoanalista, el antropólogo, el ideólogo o el teórico de la comunicación, añadiríamos nosotros) pueden recoger abundantes materiales que en otra parte difícilmente se hallarían. Nuestro autor es uno de los primeros españoles en percibir, sin profundizar, la importancia de esta forma literaria (antes que histórica, según creemos) así como la posibilidad de estudiar la autobiografía desde múltiples perspectivas complementarias. Pero caben hacer muchas precisiones a la obra de Serrano Sanz: los errores de método y las presunciones son, a casi un siglo de distancia, evidentes. La primera y fundamental se refiere al método seguido por el crítico en la agrupación y segmentación del corpus que presenta; pese a afirmar el carácter histórico que a su entender confiere a los relatos autobiográficos su peculiaridad y autonomía, las obras se clasifican de acuerdo con un criterio absolutamente *ahistórico*. A saber, la condición de las personas a quienes pertenecieron tales escritos, «teniendo en cuenta que el elemento subjetivo predomina en ellas y que suele destacarse sobre los hechos la figura pequeña o grande, obscura o gloriosa del autor que lo cuenta» (24).

Apoyándose de ese modo en «el estado, profesión o género de vida» que distinguió a cada uno de los personajes, ordena sus «autobiografías» de la siguiente manera:

- CAPITULO I.– De reyes
- II.– De ministros, políticos y funcionarios públicos
- III.– De navegantes y conquistadores
- IV.– De viajeros
- V.– De militares
- VI.– De aventureros
- VII.– De oradores y escritores
- VIII.– De clérigos y religiosos
- IX.– De mujeres

De manera indirecta, la clasificación del material por estamentos que utiliza Serrano Sanz tal vez venga a corroborar la estrecha relación existente entre el género literario de las memorias y la evolución del sistema feudal, conexión que alcanza su cénit en la Francia clasicista del siglo XVII: de sobras conocida es la profusión de diarios, correspondencias, memorias y, en general, de la escritura que, a medio camino entre el recuerdo y la crónica, privilegia la propia experiencia y la observación individual. Sin embargo, dicho criterio clasificatorio nos parece escasamente excluyente y, por ello, poco operativo: en su aplicación, la *Vida* de Santa Teresa puede incluirse en el apartado VII, pero también

en el VIII y, naturalmente, debe figurar en el capítulo IX. La división pudiera ser de algún interés si del mencionado criterio siguiera alguna conclusión acerca del carácter distintivo, y por tanto funcional, de la condición social de los autobiógrafos en el conjunto del género entendido como sistema. Pero no ocurre así, y los diferentes textos se agrupan sin ninguna relación con la época en que fueron escritos, distorsionando de ese modo cualquier posible perspectiva histórica y sin establecer tampoco conexiones entre ellos de acuerdo con el punto de vista adoptado.

El resultado es que no hay homogeneidad en el corpus reunido, de manera que en el capítulo VII, «De oradores y escritores», por poner un ejemplo, se encuentran textos tan dispares como el «Viaje y peregrinación que hizo y escribió en verso castellano el famoso poeta Juan del Encina, en compañía del Marqués de Tarifa», ...el *Viaje de Turquía* (cuya autoría atribuida a Cristóbal de Villalón se empeña en probar nuestro autor), el *Diario* de Leandro Fernández de Moratín o *La Dorotea* de Lope de Vega: Serrano Sanz acepta como auténticas autobiografías las novelas (o comedias) escritas en primera persona que relatan aventuras o sucesos verosímiles, según parece, pues el historiador no hace explícitas las condiciones literarias exigidas a una obra para considerarla como autobiográfica. Tan sólo una leve definición, cuando dice que «nos presenta la evolución completa de los hechos, desde el pensamiento nacido en el alma como efecto del medio social o de condiciones individuales hasta su realización» (25).

Serrano Sanz mantiene una actitud anacrónica por la cual los elementos del pasado son redistribuidos en función de categorías actuales: prueba de ello es el uso indiscriminado que hace del término «autobiografía». El anacronismo consiste en tomar un rasgo hoy pertinente en nuestro sistema de definición del género (relato en primera persona, asociado a una forma cualquiera de compromiso personal, por ejemplo) y creer que dicho rasgo ha tenido siempre la misma pertinencia, es decir, que el sistema de oposición es inherente al rasgo, cuando es puramente histórico. Desde luego no dudamos que la actitud anacrónica es aceptable si nos situamos en el *nivel de la interpretación*, de otro modo nuestro diálogo con el pasado resultaría imposible y las distancias entre el código de emisión y el de la recepción insalvables, pero es menester tener consciencia de ello en todo momento y plantear, en el *nivel de la formulación*, los principios que van a regir el conjunto. En especial cuando las diferencias entre las autobiografías escritas antes o después del siglo XVIII exigen análisis de las obras muy distintos de manera que es esencial pues señalar los rasgos distintivos de la autobiografía según la época a la cual pertenece. Así, por ejemplo, Serrano apoya la primera observación que hacíamos en nuestro trabajo al decir: «Poco cultivado fue en España durante los siglos pasados el género autobiográfico»,... pero tal valoración se basa en una exclusión de amplias consecuencias: ...«ya que *no podemos incluir en éste las numerosas vidas espirituales que nuestras religiosas escribieron*, donde los hechos externos quedan relegados al olvido o mencionados ligeramente» (26).

El fragmento es reflejo de una concepción particular de la autobiografía que se inclina a considerarla del lado de las memorias y como relato objetivo de los acontecimientos, fuente preciosa para el historiador. Pero también, y sobre todo, según nos sugiere Jean Molino (27), manifiesta la fuerza de un prejuicio ideológico fuertemente enraizado, incluso en la crítica actual y es el hecho de no considerar las autobiografías espirituales como verdaderas autobiografías. Por el contrario, de verlo así, es decir, la

autobiografía moderna como fruto de la confrontación incesante entre autobiografía laica y religiosa, España ocupa un lugar de privilegio en la historia de la autobiografía europea moderna: Diego García de Paredes (hacia 1530), San Ignacio de Loyola (hacia 1553-55), Santa Teresa (hacia 1562), Martín Pérez de Ayala (1566), y tantos.

NOTAS

- (1) José Ortega y Gasset, *Obras Completas* (1947), tomo III (1917-1928), Revista de Occidente, Madrid, 1957 (4.ª ed.), «Sobre unas memorias», págs. 588 a 592.
- (2) Juicio similar al expresado por su eterno antagonista, Miguel de Unamuno, cuando reconoce este último que no ha sabido darse cuenta de la razón de la escasez de libros de memorias en la literatura española: «Acaso se deba –apunta el rector de la Universidad de Salamanca– a la monotonía y poco saliente de nuestra vida ordinaria, acaso a lo flacos de memoria que somos, ya individual, ya colectivamente, acaso también al poco, al poquísimos interés que aquí despierta el hombre» (cita extraída del estudio de Castelo Branco Chaves: *Memorialistas portugueses*, Biblioteca Breve, Instituto de Cultura Portuguesa, 1978, pág. 58).
- (3) J. Ortega y Gasset, op. cit., pág. 588.
- (4) Entre los españoles que han lamentado la ausencia de literatura autobiográfica en nuestro país se encuentran: Ortega y Gasset («Sobre unas memorias», art. cit.), Manuel Serrano y Sanz (en *Autobiografías y Memorias*, Madrid, NBA, 1905, t. II, pág. 1), Guillermo de Torre (en «Memorias, autobiografías y epistolarios» en *Del 98 al Barroco*, Madrid, Gredos, 1969, págs. 75 a 78 especialmente), Rosa Chacel (en *La confesión*, Barcelona, Pocket Edhasa, 1971, pág. 9. Véase también, si interesa tal cuestión, pág. 129 donde la escritora valisoletana acusa a los grandes creadores españoles –Unamuno, Galdós, Ortega– de ocultación de sí mismos), Juan Marichal (en *La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Revista de Occidente, 1971, en especial: págs. 188 a 192), Juan Carlos Mainer (en *La edad de plata. Ensayo de interpretación de un proceso cultural (1902-1939)*, Madrid, Cátedra, 1981, pág. 382. Mainer dedica un último apartado de su Cronología a «Testimonios y Memorias» donde afirma: «Recogemos aquí unos cuantos documentos de este tipo en los que la literatura castellana no ha sido pródiga ni en calidad ni en cantidad (a la inversa ha ocurrido, sin embargo, en la literatura catalana de los últimos veinte años)», José Romera Castillo (en «La literatura autobiográfica como género literario» en *REVISTA DE INVESTIGACION*, Colegio Universitario de Soria, 1980, pág. 53)... «nomina perennis». Particular interés, por la polémica que siguió, tiene el editorial de la *REVISTA DE LITERATURA* del año 1953: «Las zonas desérticas de nuestra literatura» donde su probable autor, Juan Carlos Ghiano, se refiere a la escasa producción autobiográfica española que atribuye a un espíritu racial: «Tal vez –concluye– la causa de esta desértica zona de nuestra producción literaria se deba a que el español es reacio a sincerarse y, sobre todo, que nunca ha brillado por sus cualidades de «causeur». Es poco propicio a comentar y a escuchar. Prefiere discutir y dictar». (En la mencionada revista, Instituto «Miguel de Cervantes» de Filología Hispánica, Madrid, Tomo IV, n.º 8, págs. 261 a 263). La tesis fue rebatida por Adolfo Prieto: véase *La literatura autobiográfica argentina*, Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, s/f, págs. 12 a 16.
- (5) J. Marichal, en *La voluntad de estilo*, op. cit., pág. 267 (capítulo de notas).
- (6) Philarette Chasles en *La France, l'Espagne et l'Italie au XVII siècle*, París, 1877, pág. 213.

- (7) Jaime Torres Bodet en la recensión de la obra *Vidas españolas del siglo XIX*, en REVISTA DE OCCIDENTE, XXVII, Madrid, 1930, págs. 281 a 293. La cita es de la pág. 283. Opiniones similares a la expresada por Torres Bodet son las de muchos historiadores: Jorge Campos en su Introducción a las *Memorias* de D. Antonio Alcalá Galiano dice: «España, que ha producido en tantas ocasiones empresas colectivas de trascendencia histórica y hombres cuya vida es sorprendente por su riqueza aventurera, rara vez conserva testimonios en que el héroe nos ofrezca su personal visión de los acontecimientos en que ha tomado parte». (Madrid, BAE, Ed. Atlas, 1955, pág. VII). Y también Patricio de la Escosura, al iniciar sus *Reminiscencias biográficas*, opinaba lo siguiente: «Es un hecho universalmente reconocido, y también deplorado por cuantos en España se ocupan en históricas investigaciones, que entre nosotros escasean, tanto como entre los franceses abundan, los libros que se llaman Memorias»... («Reminiscencias biográficas del presente siglo» en LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, Madrid, XX, 1876). Y el historiador y erudito Américo Castro llega a mencionar la «agrafía» del español, y duda de si es «una nueva falla de la voluntad y de la inteligencia, o un modo de ser gracias al cual surgen valores que no serían posibles de otra manera». (Cita extraída del libro de Manuel B. Cossío: *Ensayos y estudios de Américo Castro*, Madrid, 1955, pág. 429).
- (8) Es la idea que late en los discursos XIII y XIV («Glorias de España») del *Teatro Crítico Universal*, tomo IV. Pero Feijoo matiza la afirmación al observar que «el caso es que el vulgo de los extranjeros atribuye en nosotros a defecto de habilidad lo que sólo es falta de aplicación». El subrayado es nuestro.
- (9) El fenómeno ya fue subrayado por el mismo autor, Philippe Lejeune, en un libro posterior: *Le pacte autobiographique*, París, Seuil, 1975, pág. 319. Pero valgan algunos ejemplos ilustradores de esa tendencia a reivindicar para sí la esencia del género: el historiador de la literatura francesa, Charles Caboche, al emprender su tarea de recopilación de libros de memorias, afirma: «De una condición espiritual característica de nuestro país, nació un género literario del cual ha sido en todos los tiempos su expresión. Se comprende fácilmente que el mencionado género sea original, aunque hoy cuente con más de seis siglos de existencia»... (tomo I, pág. XIII de la obra *Les Mémoires et l'Histoire de France*, París, Charpentier, 1863, 2 vols. El subrayado es nuestro). Y el norteamericano William L. Howart en «Some principles of Autobiography» observa que de los tres tipos de autobiografía que el propio Howart describe (autobiografía oratoria, dramática y poética o problemática), en el último, es decir, la autobiografía poética o problemática, todos los autores son modernos; y muchos de ellos americanos (en NEW LITERARY HISTORY, V, n.º 2, hiver 1974, págs. 363 a 381. El subrayado es nuestro).
- (10) Nicolás Estévez, *Mis memorias*, Madrid, Tebas, 1975, 2 vols. y prólogo de J.L. Fernández-Rúa: «Nicolás Estévez, hombre de acción».
- (11) Con ello queremos señalar que si bien es verdad que los libros de memorias escasean en España, también es cierto que la observación tiene, a partir de la época de Carlos IV, sólo una *validez relativa*. Quizá porque nunca como entonces fueron tan necesarios los escritos impulsados por una pretensión justificativa, y empiezan de ese modo a desarrollarse. «El odio desatado —observa el profesor Carlos Seco Serrano en su Introducción a las *Memorias críticas y apologéticas para la Historia del reinado del señor D. Carlos IV de Borbón*, de Manuel Godoy— por la catástrofe de 1808 se cebó en algunas figuras visibles buscando culpables (...). Son precisamente esas figuras las que, más tarde o más temprano, se esforzarán en pergeñar su defensa ante sus enemigos y perseguidores, pero en especial ante España y ante la Historia» (Madrid, BAE, 1965, vol. I, pág. VII del estudio preliminar de Carlos Seco: «Godoy: el hombre y el político»).
- (12) Nicolás Estévez, *Mis memorias*, op. cit., pág. 15.

- (13) Benedetto Croce, *Breviario de Estética*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1938, Lección Cuarta, en especial págs. 117 a 130.
Para Croce el carácter confesional, de *desahogo*, de la literatura contemporánea acusa no sólo la exageración en el relieve dado a lo particular sino también una debilidad correlativa en la relación de la verdad integral y de flojedad o ausencia de lo que suele llamarse estilo.
- (14) Ibidem, pág. 126.
- (15) Sin embargo, la presencia femenina en la sociedad decimonónica fue de considerable importancia si nos atenemos a lo expresado por el político y diplomático García de León y Pizarro al describir la corrupción existente en su oficina hacia 1800. Valga como anécdota el siguiente párrafo de sus *Memorias* sobre esta cuestión: «La concurrencia de señoras a la Secretaría era cosa verdaderamente escandalosa; se habían hecho los agentes generales de todos los negocios de sus familias y de las ajenas; jamás aparecían maridos, hermanos ni primos a promover solitudes; señoras y mujeres eran las que llevaban su voz en el gabinete del Ministro favorito y en la antesala de la Secretaría»... (tomo I, págs. 105 y 106).
- (16) G. Gusdorf, «Conditions et limites de l'autobiographie», en *Formen der Selbstdarstellung*. Festgabe für Fritz Neubert, Berlín, Duncker und Humblot, 1956. Todos los estudios sobre la autobiografía tienen en común, sin embargo, la idea de buscar el carácter distintivo del género: el triunfo de la personalidad central y la integración equilibrada de la misma en los sucesos del relato son, brevemente enunciados, los rasgos específicos de la autobiografía. En subrayar su importancia han coincidido los más diversos críticos.
- (17) Del conjunto destacaremos los estudios de: Dámaso CHICHARRO: edición de la *Vida* de Diego de Torres Villarroel, Madrid, Cátedra, 1980, págs. 13 a 77. Ricardo GULLON, *Autobiografías de Unamuno*, Madrid, Gredos, 1976; Margarita LEVISI, *Autobiografías del Siglo de Oro*, Madrid, SGEL, 1984; Juan MARICHAL, «Torres Villarroel: autobiografía burguesa al hispánico modo» en PAPELES DE SON ARMADANS, 1965, págs. 297 a 306; Randolf POPE, *La autobiografía española hasta Torres Villarroel*, Berne et Francfort, Lang, 1974; Francisco RICO, «Sobre el origen de la autobiografía en el *Libro de Buen Amor*» en ANUARIO DE ESTUDIOS MEDIEVALES, 4, 1967; Russell P. SEBOLD, *Novela y autobiografía en la «Vida» de Torres Villarroel*, Barcelona, Ariel, 1975; Eugenio SUAREZ GALBAN «La Vida de Torres Villarroel, literatura antipicaresca, autobiografía burguesa». Estudios de Hispanófila, Universidad de Carolina del Norte, 1975; «La estructura autobiográfica de la Vida de Torres Villarroel» ibid, 1971; «La autobiografía en España (Más reflexiones hacia el orientalismo)», en SIN NOMBRE, III, enero-marzo de 1973; y «Voluntad antinovelesca, intensidad autobiográfica de la Vida de Torres Villarroel» en LA TORRE, núm. 73-74, 1974; Guillermo de TORRE «Memorias, autobiografías, epistolarios» en *Del 98 al Barroco*, Madrid, Gredos, 1969; Alicia YLLERA «La autobiografía como género renovador de la novela» en el Anuario 1616, IV, págs. 163 a 191.
- (18) Lo mismo ocurre con Lejeune, May, Starobinski,... José Romera Castillo subraya la sorpresa del crítico al comprobar que la muy cuidada *Enciclopedia Británica*, en el artículo dedicado a la autobiografía, no cite tampoco a la santa escritora (en «La literatura, signo autobiográfico», *La literatura como signo*, Madrid, Playor, 19812, págs. 13 a 56).
- (19) Manuel Serrano y Sanz, *Autobiografías y Memorias*, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 2, Madrid, Bailly, Bailliére e hijos, 1905.
- (20) Charles Caboché, *Les Mémoires et l'histoire en France*, París, Charpentier, 1863, 2 vols. El primer volumen comprende una Introducción (págs. 1 a 101) en la que Caboché elabora una teoría del género.
- (21) Así, Serrano Sanz incluye en la categoría de autobiografías a narraciones que no pueden con-

siderarse como tales, como el *Viaje en Turquía*, atribuido a Cristóbal de Villalón; o bien que constituyen unidades orgánicas al margen de las correspondencias personales como es el caso de *Centón epistolario* de Fernán Gómez de Cibdarreal, las *Epístolas familiares* de Guevara, las autodefensas y memoriales de Antonio Pérez o las *Cartas marruecas* de Cadalso. Y, por el contrario, prácticamente ignora la *Vida* de Torres Villarroel.

- (22) Ph. Lejeune, «Autobiographie et histoire littéraire» en *Le pacte autobiographique*, París, Seuil, 1975, pág. 315 (este trabajo se ha traducido al catalán recientemente: véase ELS MAR-GES, 32, Curial Edicions Catalanes, 1984, págs. 3 a 23, trad. de Anna Caballé).
- (23) Serrano Sanz, *Autobiografías y Memorias*, op. cit., pág. I.
- (24) Ibid., pág. III. Y.A.R. Burr en el libro citado también se esforzó en distribuir a los autores de las 260 autobiografías que examinó según 24 oficios u ocupaciones distintas: comediantes, compositores, criados, médicos, militares, monarcas, prisioneros, etc. Pero los resultados obtenidos conducen al escepticismo.